

Migración internacional de la población de América Latina:

Notas sobre investigación, educación y gobernabilidad

Jorge Martínez Pizarro

CENTRO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO DE DEMOGRAFÍA (CELADE) / SANTIAGO DE CHILE
jorgemartinez@cepal.org

Corina Courtis

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES / ARGENTINA
corinacourtis@yahoo.com.ar

Introducción

Desde su constitución, los países que integran la región latinoamericana han sido escenario de grandes movimientos migratorios que contribuyeron decisivamente a la configuración de sus sociedades. Este hecho social ha tenido enorme incidencia en la conformación étnica y cultural, la modernización social y económica, la transición demográfica y sus procesos afines, los desplazamientos internos de la población y sus pautas de distribución territorial, la adopción de principios de ordenamiento jurídico y los (incompletos) procesos de institucionalidad democrática de los países de América Latina. A diferencia de lo que fueron sus expresiones pasadas –reflejadas en la afluencia (“espontánea”, “forzada” o “incentivada”) de personas procedentes principalmente de Europa, Asia y África–, la migración internacional contemporánea se distingue por la conformación de complejos sistemas y patrones

subregionales, intrarregionales e interregionales, que propician inquietudes y también representan oportunidades y retos, especialmente en el ámbito de los actuales procesos de globalización. Hay rasgos que se mantienen, pero la emergencia de otros nuevos exige apuestas renovadas por la investigación, la formación y la información, encaminadas a la gobernabilidad migratoria.

Como fruto de la percepción de que sus múltiples repercusiones generan problemas de relevancia social, los temas de la migración internacional emergen a la luz pública, despertando inquietudes entre diversos agentes sociales. En algunas ocasiones estas inquietudes se vinculan con los efectos de la emigración de personal calificado, con los desplazamientos forzados por las alteraciones de la convivencia ciudadana, con la transferencia de remesas, con la participación de las mujeres y, de modo más reciente, con los de-

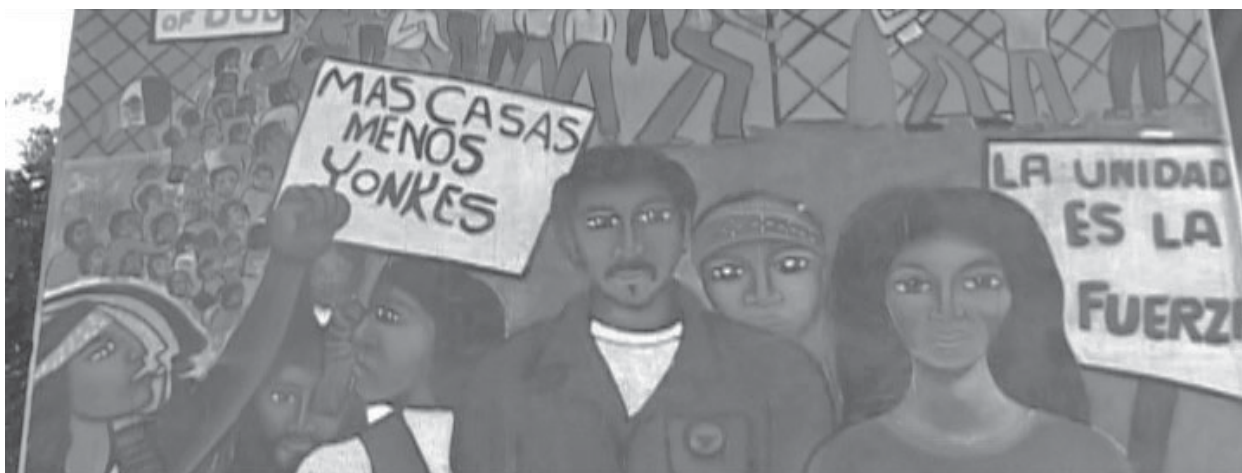


Foto: OC y GE.

rechos humanos. Muchas de estas inquietudes son controversiales y se gestan en medio de tensiones e incertidumbres que no se conocieron antes. A su vez, el carácter multidimensional de la migración desafía la generación de conocimiento. Así, por ejemplo, cada vez adquiere mayor fuerza el debate acerca de la inconveniencia de seguir utilizando conceptos y marcos analíticos de la migración que asumen la lógica del Estado-nación para dar cuenta de un proceso que, en rigor, debilita las barreras y fronteras de los Estados. Flujos de remesas, redes sociales, pueblos indígenas que migran reinterpretando fronteras, son sólo algunas manifestaciones a favor de este cuestionamiento.

Un problema fundamental es que las limitaciones de información que afectan el conocimiento del fenómeno, aunadas a la falta de una teoría coherente que permita su explicación, se hacen patentes a la hora de diseñar o reformular las normas que rigen el desplazamiento de las personas a través de las fronteras y su permanencia en países distintos al de su nacimiento. De hecho, uno de los grandes desafíos que enfrenta la región en materia de migración es propiciar el adecuado conocimiento de sus múltiples dimensiones, de modo que los responsables de adoptar decisiones puedan identificar sus tendencias y patrones, evaluar sus repercusiones y discernir sus factores determinantes; dicho conocimiento es también imprescindible para facilitar el diálogo y la cooperación entre los diversos países y actores involucrados, lo que señala la importancia de la educación.

Los estudios sobre las grandes tendencias y patrones migratorios

Los antecedentes más confiables sobre la migración internacional de la población de América Latina son aquellos referidos a sus grandes tendencias y patrones. Ellos provienen de los censos de población. El Centro Latinoamericano y



Aristides Esteban Hernández (ARES)

Caribeño de Demografía (CELA-DE), gracias al intercambio de información entre los países de la región, reúne los datos censales sobre la población nacida en el exterior y con ellos mantiene el Proyecto de Investigación de la Migración Internacional en Latinoamérica (IMILA), una valiosa experiencia de cooperación regional que puede constituirse en punto de partida sólido para la formación de sistemas de observación permanente de la migración. Si bien los cen-

sos de población poseen virtudes indiscutibles (como su universalidad), también se sabe de sus limitaciones (por ejemplo su periodicidad decenal impide apreciar el carácter continuo, y a la vez mutable, de los flujos), por lo que –dadas las deficiencias todavía más serias que presentan las eventuales fuentes alternativas– el estudio de los aspectos básicos de la migración se reduce a una *práctica de lo posible*. Los censos reportan una parte de la migración, por lo que los estudios cualitativos son útiles al momento de relevar otras dimensiones de la migración –en particular, sus rasgos emergentes– pues permiten una aproximación detallada a las prácticas y lógicas de los actores involucrados en los procesos migratorios.

Los hechos

La información censal permite construir mapas migratorios de la población regional; así, el mapa trazado con los datos correspondientes a la segunda mitad del siglo XX muestra la coexistencia de tres grandes patrones: la inmigración de ultramar, la migración intrarregional y la emigración hacia el exterior de América. Hacia 2005, se estima que hay 26 millones de latinoamericanos y caribeños fuera de su país de nacimiento, cifra que pudo haberse colocado por encima de los 30 millones en los años siguientes.

Con fluctuaciones en el tiempo, la *inmigración de ultramar* tuvo su auge entre el último cuarto del siglo XIX y la primera mitad del XX, y ejerció decisivas y persistentes influencias, espe-



Foto: OC y GE.

cialmente en los países de la vertiente atlántica sudamericana y en el Caribe. Los principales protagonistas de esta inmigración provenían del sur de Europa y su emplazamiento en la región coincidió con los territorios más integrados a los circuitos económicos internacionales, que experimentaron una importante diversificación de sus estructuras productivas, una acelerada urbanización y una rápida movilidad social ascendente. Esta inmigración virtualmente cesó en la postguerra, cuando Europa fue escenario de profundas transformaciones que coadyuvaron a la retención y el retorno de población emigrada. De esta manera, el número de europeos en los países de América Latina experimentó una gradual disminución: de aproximadamente cuatro millones de personas en 1970 se redujeron a menos de dos millones en el 2000. Como resultado de esta tendencia, declinó la proporción de personas de origen extrarregional en el total de inmigrantes registrados por los censos de los países latinoamericanos –en 1970 representaban más de las tres cuartas partes de ese total y en 2000 eran apenas el 40 por ciento– y la escasa renovación de las corrientes redundó en un envejecimiento de la población inmigrante de ultramar. Los países con el mayor número de inmigrantes de ultramar son Argentina, Brasil y Venezuela, aunque únicamente en Brasil predominan por sobre los inmigrantes oriundos de países de América Latina y el Caribe. Como puede verse, el carácter atractivo de América Latina para la población de otras regiones mundiales comenzó a mostrar claros signos de agotamiento en la segunda mitad del siglo XX.

A diferencia del patrón migratorio anteriormente descrito, el *intrarregional* –que alude a los traslados entre los países latinoamericanos– ha aumentado su peso absoluto y relativo, como lo pone en evidencia el fuerte incremento de la migración entre naciones fronterizas. Si bien este patrón obedece a factores estructurales, enraizados en la histórica heterogeneidad económica y social de los territorios de la región, las situaciones coyunturales (asociadas a los ciclos de expansión o retracción económica y a los avatares sociopolíticos) contribuyen a su incremento; asimismo, la vecindad geográfica y cultural coadyuva a la perpetuación de estos movimientos de la población. Un rasgo nítido del patrón intrarregional es la convergencia de las principales corrientes en países que disponen de estructuras productivas más favorables para la generación de empleos y, por lo común, detentan mayores grados de equidad social: Costa Rica, en Centroamérica; Argentina, Chile y Venezuela en América del Sur; y Trinidad y Tobago, en el Caribe, constituyen los nodos de sistemas migratorios subregionales que se apoyan en la articulación de los mercados laborales. En varios sentidos, estos sistemas representan una forma de continuidad, más allá de las fronteras nacionales, de los movimientos migratorios internos.

El número de migrantes intrarregionales ha venido aumentando desde por lo menos los años setenta. Entre 1970 y 1980 se duplicó, llegando a casi dos millones de personas, pero en los noventa volvió a generarse una nueva dinámica. Las personas oriundas de la región representaron más del 60% del total de los inmigrantes registrados

en el 2000, y el total acumulado en este año se acercó a los 3 millones de personas.

Gran parte del intercambio de población dentro de la región se verifica entre países vecinos y su composición es heterogénea, pues incluye personas con distintos niveles de escolaridad, trabajadores de diverso grado de calificación y personas (habitualmente familiares) que dependen de aquellas que están integradas al mundo del trabajo. Entre estos migrantes se advierte una presencia mayoritaria, y creciente, de mujeres; este sesgo de género, ostensible en varias corrientes, permite hablar de una gradual *feminización de la migración*. El término alude no sólo a la cantidad de mujeres migrantes sino a la (relativa) autonomía de su movilidad –no necesariamente ligada a la del cónyuge–, en buena medida impulsada por las oportunidades de inserción en el trabajo doméstico. La contracara de este proceso aparece en el tráfico y la trata de mujeres, niñas y niños, con fines tanto laborales como de explotación sexual, un problema que está siendo crecientemente registrado en la región, a pesar del manto de clandestinidad que le rodea y la complicidad de algunos mandos de poder.

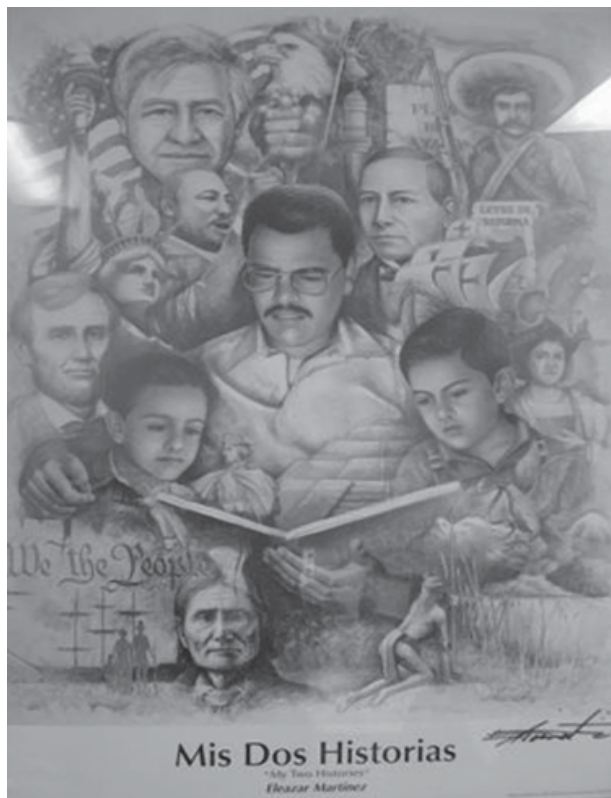


Foto: AV.

Esta diversidad cualitativa –unida al crecimiento cuantitativo de los desplazamientos– confiere a la migración intrarregional una gran relevancia para los esfuerzos de integración económica entre los países latinoamericanos. Debe agregarse que, bajo el alero de las modalidades de complementación productiva estimuladas por la búsqueda de competitividad en los mercados mundiales, las formas de movilidad de la población entre los países de la región se han diversificado, haciéndose cada vez más frecuentes los desplazamientos de tipo circulatorio, reiterativo y temporario, lo que no involucra el traslado de la residencia base de las personas y, por lo mismo, origina una ampliación de sus espacios de vida.

La emigración hacia fuera de América Latina ha adquirido un claro protagonismo cuantitativo y cualitativo. La geografía de destinos de los flujos se ha diversificado de manera progresiva. Hay cerca de cuatro millones de latinoamericanos esparcidos en varios países de Europa, muy en particular en España, y también en Japón, Canadá, Australia e Israel. No obstante, la gran mayoría se dirige a los Estados Unidos, influenciada por la emigración mesoamericana. Hacia 2005, la cuantía de la población latinoamericana y caribeña en ese país se ubicaba por encima de los 19 millones (cifra que equivale a más de la mitad del total acumulado de inmigrantes en los Estados Unidos) y ellos, junto con sus descendientes nacidos en ese país, constituyen un grupo cuya identificación étnica de “latinos” los ha situado como la primera minoría de los Estados Unidos. Hay que decir, ciertamente, que tal “comunidad latina” dista mucho de ser un grupo social y económicamente homogéneo, pues mantiene rasgos diferenciados según magnitud, origen nacional y étnico, distribución territorial, grados de indocumentación, integración social, inserción laboral y niveles de organización, entre otros aspectos.

Este patrón es un ejemplo de *migración Sur-Norte* que entraña múltiples repercusiones, entre ellas, la pérdida de recursos humanos calificados y la exposición de los emigrantes a riesgos de desprotección social, vulneración de sus derechos fundamentales y a diversas formas y grados de discriminación y prejuicio. Además, está estrecha-

mente asociado con la constitución de un proceso de transnacionalismo que crea comunidades y redes que pueden redundar en mayor migración, vinculación con el país de origen y la generación del potencial económico representado por las remesas que los emigrantes envían a sus lugares de origen, las que provocan a veces significativos impactos macro y microeconómicos.

Acciones por promover y la gobernabilidad de la migración

Ante el veloz incremento de la migración internacional latinoamericana, sus variaciones y múltiples repercusiones –para los países de origen, tránsito y destino– los Estados se han planteado la necesidad de su gobernabilidad, lo que involucra grandes retos, particularmente en un contexto de globalización incompleta y asimétrica, cuyo rasgo de desigualdad en las relaciones sociales, económicas, políticas y culturales opera como un poderoso acicate para la movilidad de la población. Así, la gobernabilidad de la migración se orientaría a lograr un mayor aprovechamiento de los beneficios que depara la migración y una reducción de sus consecuencias negativas, garantizando el respeto irrestricto de los derechos fundamentales de las personas. En la región, hay una importante experiencia en cuanto a foros intergubernamentales de consulta. En 1996 fue creada la *Conferencia Regional sobre Migración* (Puebla, México, 1996, que reúne a los países de Centro y Norteamérica) y en el 2000 se estableció la *Conferencia Sudamericana sobre Migraciones* (Buenos Aires, con 12 países de la subregión). Ambas iniciativas han intentado intercambiar prácticas en temáticas migratorias específicas y acumulan resultados que sugieren una consolidación institucional, especialmente el Proceso Puebla.

La sostenibilidad de estos dos foros resalta como la característica más positiva, siendo espacios de diálogo entre los gobiernos, que han pavimentado una plataforma de entendimientos sobre la que se ha desplegado la cooperación y la negociación en asuntos que siempre suscitaron desacuerdos, particularmente en Mesoamérica.

Desde una perspectiva crítica, hay que recordar que la tarea de la gobernabilidad exige la participación activa de los países y representa un desafío que comienza a escala nacional. En la región, uno de los problemas que se plantea es que los asuntos migratorios dependen de una serie de instituciones y sectores de gobierno que tornan difícil la necesaria coordinación de acciones, lo que se exagera ante la falta de políticas migratorias explícitas. Por otra parte, las brechas institucionales entre gobiernos nacionales y locales complica la cuestión: si bien, en la práctica, son los gobiernos locales (municipales sobre todo) los que deben convivir y resolver de manera directa las situaciones derivadas de la migración, éstos no suelen ser considerados en la elaboración de programas y políticas nacionales.

Además, si bien un número de organizaciones no gubernamentales que trabaja por los derechos de los migrantes ha logrado cierta incidencia política en algunos países, los gobiernos tienden a excluir de la formulación de políticas a otros actores importantes, como sindicatos, empleadores y asociaciones de migrantes, por lo que el grueso de la sociedad civil no participa activamente en tales decisiones, a pesar del relevante papel que pueden jugar algunas de sus organizaciones.

La superación de muchos de estos obstáculos se vislumbra difícil y dilata la efectiva coordinación y elaboración de visiones compartidas sobre lo que ha dado en llamarse “la gestión de los procesos migratorios” en armonía con la democracia, que es la premisa más importante de toda gobernabilidad de la migración. Sin la efectiva participación de todos los actores involucrados en todas las instancias que correspondan, la noción de gobernabilidad carece de sentido y sigue siendo una asignatura incumplida en la región.

De diversas maneras, la educación –en el sentido amplio de formar e informar– ofrece una vía para avanzar en esta dirección. Algunas alternativas posibles son las capacitaciones sobre migración y derechos humanos de los migrantes destinadas a un amplio espectro de agentes públicos (legisladores, jueces, funcionarios y empleados de áreas de gobierno con injerencia en la vida de los migrantes, gendarmes y policías, entre otros), talleres sobre derechos y capacitacio-



nes en incidencia política para organizaciones de la sociedad civil (incluidas las asociaciones de migrantes que, muchas veces, no poseen más herramientas que la narración de la propia experiencia) y programas escolares de educación en la diversidad.

Las experiencias existentes en materia de educación pueden y deben ser reforzadas. Por ejemplo, Argentina, uno de los destinos migratorios más importantes de América Latina, cuenta con una serie de organizaciones de la sociedad civil que no sólo han tenido fuerte participación en el proceso que llevó a la sanción de una nueva ley migratoria, más “humanizada”, sino que, con el objetivo de contribuir a la protección de migrantes y refugiados, han incluido en su agenda de actividades la capacitación a organismos gubernamentales y organizaciones de la sociedad civil abocados a la atención de esta población. Entre otras, el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), en el marco de un convenio de cooperación con el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), diseñó e implementó, en 2004, una capacitación destinada a organismos de gobierno y ONG *en zonas de*

frontera y control migratorio. Los contenidos –conceptos clave del derecho internacional de los derechos humanos, dinámicas y normativa migratoria argentina y fundamentos del derecho internacional de los refugiados– fueron desarrollados en módulos que combinaron exposiciones a cargo de profesionales especializados con el trabajo en taller centrado en el análisis y discusión de casos. En particular, para los agentes públicos encargados del control migratorio, el intercambio, el debate y la reflexión sobre sus responsabilidades cotidianas apuntó a lograr una transformación de prácticas en función del nuevo ordenamiento normativo argentino en materia migratoria.

Por su parte, también en la Argentina, el Servicio Ecuménico de Apoyo y Orientación a Migrantes y Refugiados (CAREF) ha instrumentado numerosos talleres, tanto para asociaciones de migrantes como para organizaciones barriales y/o de base (incluidos los comedores comunitarios) que trabajan en zonas con importante presencia de migrantes, en los que se combinan actividades de *capacity-building* y fortalecimiento institucional con la difusión de derechos.

Otra experiencia educativa interesante vincu-

lada con la migración es el Programa de Educación “Ampliación del Sistema Educativo Costarricense en Comunidades Afectadas por Migración Nicaragüense Relacionada con el Huracán Mitch” (2000-2004). Se trata de una iniciativa conjunta del Ministerio de Educación Pública, la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) y la Agencia para el Desarrollo del Gobierno de los Estados Unidos. El programa estuvo destinado a niñas, niños y adolescentes inmigrantes incorporados en las escuelas públicas de Costa Rica. Apelando a la teoría de la mediación (Modelo de la Experiencia del Aprendizaje Mediado, de Reuven Feuerstein), con énfasis en la interculturalidad y la integración, el programa se propuso “elevar la potencialidad de estos niños y niñas para darles la oportunidad de responder eficientemente a los retos del medio, promoviendo una efectiva integración social y cultural con mejores índices de desempeño escolar” (Contreras Ramírez, 2004: 5).

En todos los casos, el diseño de estrategias educativas específicas encuentra en los estudios migratorios un insumo obligado. Potenciar ambas acciones puede abrir un camino fructífero hacia el diálogo entre actores y la cooperación entre Estados para abordar los cambiantes desafíos que, en múltiples niveles, plantea la migración internacional de la población en América Latina.



Lecturas sugeridas

Castles, Stephen y Mark Millar, 2004. *La era de la migración. Movimientos internacionales de población en el mundo moderno.* Universidad Autónoma de Zacatecas, México.

CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales), 2004. *Capacitación en zonas de frontera y control migratorio.* Material de trabajo elaborado por Corina Courtis y María Inés Pacecca, CELS-ACNUR, Buenos Aires.

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), 2006. *Migración Internacional, derechos humanos y desarrollo.* CELADE, División de Población – CEPAL, LC/W.98.

http://www.eclac.cl/cgi-bin/getProd.asp?xml=/publicaciones/xml/8/26608/P26608.xml&xsl=/celade/tpl/p9f.xsl&base=/celade/tpl/top-bottom_mig.xslt

Contreras Ramírez, Vilma, 2004. *Educación sin fronteras. Una exitosa experiencia para la atención a la diversidad sociocultural,* MEP/OIM/CR-USA, San José de Costa Rica.

GCIM (Comisión Mundial sobre las Migraciones Internacionales), 2005. *Las migraciones en un mundo interdependiente: nuevas orientaciones para actuar.*

www.gcim.org

Martínez, Jorge, 2003. “El mapa migratorio de América Latina y el Caribe. Las mujeres y el género”, serie *Población y Desarrollo*, núm. 44 (LC/L.1974-P), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Publicación de las Naciones Unidas. Núm. de venta: S.03.II.G.133.

www.cepal.org/celade.



Artístides Esteban Hernández (ARES)

Lo que conduce e impulsa al mundo no son las máquinas sino las ideas.

Victor Hugo, poeta y novelista francés, 1802-1885.
